

el gabinete ruso al gobierno consular, se denunció el atropello cometido en Ettenheim como «una violación gratuita y manifiesta del derecho de gentes», diciendo, además, que el Emperador se reservaba llamar la atención de la Dieta de Ratisbona acerca del asunto. Suecia imitó valerosamente la conducta de Rusia. Mas los pequeños príncipes alemanes asustados guardaron silencio; Austria, aislada y acordándose de Marengo, tampoco protestó, y aun Cobenzel tuvo la debilidad de decir al embajador de Francia en Viena, mas sólo en conversación privada, que «su señor comprendía las necesidades de la política:» palabras que se repitieron en París dándoles un valor que no tenían.

Apenas empezaba á calmarse la emoción producida por la muerte del duque de Enghien, cuando se propaló la noticia de haberse suicidado Pichegrú. Este, en efecto, había aparecido extrangulado en su prisión. Su muerte levantó rumores y despertó sospechas, cuya exactitud, sin embargo, no ha podido comprobarse.



EL IMPERIO

CAPÍTULO QUINTO

Napoleón emperador y rey.

oco después de verificarse el rompimiento de la paz de Amiens, Fox escribía á un sobrino suyo diciéndole que, según se afirmaba, Bonaparte iba á hacer que le proclamasen emperador de las Galias. Tal era, en efecto, como sabemos, el más vehemente anhelo del antiguo jacobino, que sólo esperaba la ocasión de ceñir á sus sienes la corona de Carlomagno. El complot de los realistas le vino de perlas para la realización de sus planes. Los espíritus se habían conmovido profundamente; tantos intereses como la revolución creara sintiéronse alarmados; protestas de adhesión, espontáneas ó sugeridas, llovían de todas partes; se aprovecharon, pues, los momentos antes que renaciese la calma, y Cadoudal tuvo razón al decir, cuando se enteró de la instauración del régimen cesarista: «Hemos hecho más de lo que queríamos: vinimos á dar un rey á Francia y le hemos dado un emperador.» Se debía figurar, como siempre, que la novedad era, no impuesta, sino solicitada, y no tardó en iniciarse un movimiento que simulaba ser fiel intérprete de los deseos del país. Así es que, antes de consumarse el atentado de Vincennes, se elevaron al primer Cónsul multitud de instancias firmadas por los funcionarios públicos, por los colegios electorales y por las corporaciones provinciales y municipales, rogándole que dispase las inquietudes de la nación y consolidara las instituciones, restableciendo el principio hereditario. La señal la dió, en un departamento distante, un oscuro colegio presidido por Ganteaume. Realmente, la nación permaneció agena á estas peticiones, que se dirigía el

gobierno á sí propio por conducto de sus hechuras. Entre los consejeros de más confianza para Bonaparte, hubo algunos que opusieron atinadas objeciones al proyecto. Cambaceres, sobre todo, bien que sus palabras se inspirasen principalmente en móviles de carácter personal, pues se hallaba muy á gusto siendo el segundo magistrado de la República, dijo al primer Cónsul que, al ver implantada otra vez la monarquía, buen número de republicanos que amaban el nombre tanto al menos como la cosa, se llamarían á engaño, y que muchos realistas, que ahora estaban á su lado, le abandonarían también, sentidos de que el trono se restaurase y no lo ocuparan los Borbones. El primer Cónsul, algo desconcertado con este razonamiento, cortó bruscamente la palabra á Cambaceres, declarándole que su resolución era irrevocable. El asesinato del duque de Enghien horrorizó á las gentes, pero no detuvo las manifestaciones organizadas en que se prescindía por completo de la verdadera opinión. Francia, cansada, desilusionada, habiendo caído primeramente por la libertad en la anarquía y á continuación por el orden en el despotismo, dejaba hacer: hé aquí la única cooperación que prestó. El pensamiento de crear el Imperio fué exclusivo y personal del primer Cónsul; á remolque de su voluntad iban los elementos oficiales, y no trabajaron con ardor para facilitar el cambio sino aquellos que esperaban ser espléndidamente recompensados por sus servicios, figurando á la cabeza de este grupo de intrigantes y ambiciosos, tráfugas de la república ó de la monarquía, Fouché, ganoso de reconquistar su anterior valimiento. Echadas ya á andar, como hemos dicho, las piezas inferiores de la máquina administrativa y gubernamental, faltaba solamente comunicar el impulso á las más elevadas, lo que no era en verdad obra de romanos. La iniciativa correspondió esta vez al Senado, el cual, en un mensaje dirigido á Bonaparte, contestando á otro en que el gobierno le participaba ciertos manejos atribuidos á algunos agentes diplomáticos de Inglaterra, señaló, á instigación de Fouché, como laguna que debía llenarse en ley fundamental, la ausencia del principio hereditario aplicado á la transmisión del poder. El primer Cónsul, astuto é hipócrita, como de costumbre, dió una respuesta evasiva á los senadores que le llevaron el mensaje, diciéndoles que se tomaba tiempo para reflexionar. En rigor, se proponía exclusivamente adoptar algunas precauciones y habituar al país á la idea de una transformación, no reclamada por nada ni por nadie. Dispuso, en su consecuencia, que los oradores discutiesen en el Consejo de Estado las ventajas respectivas de los dos sistemas, electivo y hereditario; fingió vacilar entre el imperio y el *estathederato*; estimuló el celo de los prefectos para que activasen las demostraciones de las asambleas colocadas bajo su mano, y previno á los embajadores que recabasen de los gobiernos extranjeros, especialmente de los de Austria y Prusia, el reconocimiento de su nuevo título. Al mismo tiempo, se dirigía á los generales, encargándoles que consultaran la opinión del ejército, y trataba con sus hermanos José y Luis del modo de regular la herencia. Transcurrió así cerca de un mes, pasado el cual, Curée,

hombre de escasa talla política, presentó una moción en el Tribunado pidiendo el establecimiento del Imperio en favor de Napoleón Bonaparte y su familia. En vista de ella, el primer Cónsul contestó al Senado excitándole á desarrollar su pensamiento por entero: había reflexionado ya lo bastante, es decir, estaba seguro del asentimiento de Prusia y Austria, de las buenas disposiciones de las tropas, de la docilidad de la nación. Desde este momento, la comedia avanzó rápidamente á su desenlace. En el Tribunado se desarrolló una escena vergonzosa de servilismo; fué aquello como una puja de adulaciones y bajezas. Curée explanó su tesis en medio de los aplausos de la asamblea; Simeón, apóstata del realismo comparó al imperio con Hércules ahogando á las serpientes que se habían deslizado de su cuna; Duveyrier sostuvo que ya era hora de hacer violencia «á los virtuosos escrúpulos y á la conmovedora reserva de Bonaparte:» «Sólo él resiste aún, sólo el titubea, continuó; ¿tiene derecho para tanto?» y en iguales ó parecidos términos se expresaron otros. En medio de tanta abyección, hubo, no obstante, un tribuno con valor suficiente para combatir la proposición de Curée; fué Carnot, que redimióse de este modo de sus pasadas complacencias para con Bonaparte. «Hoy, dijo, se descubre, al fin, de una manera positiva el término de tantas medidas preliminares.» Poco diestro en el uso de la palabra, se limitó á demostrar que la innovación proyectada no respondía á necesidad ni conveniencia de ninguna clase; tuvo, sin embargo, algunas frases felices, como la siguiente: «Afirmáis que Bonaparte ha salvado al país, que ha restaurado la libertad..... ¿no hay, pues, otra recompensa que ofrecerle que el sacrificio de esa misma libertad?» La Asamblea, que apenas había escuchado á Carnot, votó llena de entusiasmo la moción de Curée. Excépticos, desengañados ó indiferentes, los senadores manifestáronse algo más fríos, esforzándose por obtener nuevos favores á cambio de su condescendencia; en su virtud, al mismo tiempo que ofrecían el trono á Bonaparte, sometieron á su examen una *Memoria* exponiendo la necesidad de introducir ciertas reformas en las leyes fundamentales, como eran, principalmente: el declarar hereditaria la dignidad senatorial, disponer que sólo el Senado pudiese juzgar á sus miembros, otorgarle el derecho de iniciativa en las leyes, ó el de veto, y reservarle la facultad de interpretar los senado consultos. El primer Cónsul desatóse en invectivas, en pleno Consejo, contra lo que llamó avidez insaciable de los senadores. «Si se les dejase ir, dijo, llegarían á absorber el Cuerpo legislativo, y ¿quién sabe? acaso se determinarían á traer á los Borbones: lo quieren todo, legislar, juzgar y gobernar; esta concentración de poderes sería monstruosa; no la sufriré.» El Senado bajó la cabeza, y el diez y ocho de Mayo de mil ochocientos cuatro apresuróse á convertir en senado consulto, como si emanara de su propia iniciativa, el plan completo de reformas que Cambaceres le entregó. Por la nueva Constitución, se daba al jefe del Estado el nombre de *Emperador de los franceses*; se establecía el derecho de herencia en la línea masculina de Napoleón Bonaparte, á quien debían suceder, en defecto de herederos naturales ó